



Ante una crítica severa

ESTÁ visto.

Los motivos que pueden haber impulsado al Secretario de Gobierno, para dictar los desacordados artículos que combatimos, esos motivos no pueden sufrir el examen de una crítica severa; y desaparecen cuando los hiere un rayo de verdad, como se disipan las nubes ante un rayo del sol.

Veamos, nó obstante, si podemos encontrar algo todavía que escuse el procedimiento de aquel funcionario, que esto es imposible, sino para atenuar siquiera la grave y fundada acusación que pesa sobre él.

Decíamos, en el preliminar de nuestro último escrito: ¿se ha querido unir ó dividir los ánimos? ¿enaltecer ó postrar la República? Y, como no pudimos ocuparnos entonces de todas estas cuestiones, satisfacemos hoy la deuda que contrajimos al plantearlas.

¿Se ha querido la unión? Digno sería el propósito, si existiera; laudable sería el intento, si los artículos citados pudieran revelarlo. Más, lejos de abrigar ese propósito; lejos de animarse por aquella intención, el Secretario de Gobierno ha querido, con un solo rasgo de pluma, romper los preciosos vínculos formados en presencia del peligro común; vínculos rebustecidos por un torrente de sangre gloriosamente derramado; vínculos

que la Religión bendecía, al pie de los altares, y en el campo del combate, y en la arena de la prensa.

Los católicos, que veían con dolor el despojo inferido á la Iglesia con el decreto atentatorio sobre cofradías, ejecutado con violencia en Lima, y con una violencia atroz en la Sierra; los católicos, que veían el desprecio con que el Secretario del Culto trataba á su Pastor, y la ninguna importancia que diera á su fundada reclamación, supieron aguardar resignados que pasara el vendaval de las pasiones, y pudiera escucharse la voz de la justicia. Esta conducta no fue desmentida, á pesar de la invasión del Prefecto de Ica en el terreno de la jurisdicción eclesiástica; á pesar de las tendencias que descubría el informe del Fiscal general, respecto de la residencia de los señores Obispos, tendencias á dar lecciones á los maestros, y á constituir en Metropolitano al Gobierno político ó civil. A pesar de estos hechos y de cien más, que ponían de manifiesto el sistema preconcebido de dañar á la Iglesia católica los fieles del Perú supieron aguardar tranquilos y resignados una época mejor, para requerir del Supremo Gobierno la reparación de los daños y el homenaje debido á la verdad y á la justicia.

El Sacerdocio y la prensa católica dieron la señal de esperar con paciencia, porque la Patria estaba en peligro; porque no urgía tanto el triunfo de la Iglesia en aquellas cuestiones, desde que su derecho no se debilitaba por los hechos consumados, desde que había protestado enérgicamente contra la violencia que se la infringió, y desde que era preciso resolver primero la cuestión exterior, procurando un día de gloria á la Patria, que es el amor del Sacerdote después del amor del Cielo.

Ese día de gloria llegó y, lo decimos sin mengua alguna para el valor de nuestros héroes, sus resplandores más puros, sus laureles más hermosos á Dios se de-

ben, y UNICAMENTE Á ÉL. Nuestra conciencia, la conciencia pública y la del mismo Jefe Supremo así lo han sentido y lo sienten.

Ahora bien, Dios, entre los altísimos fines que ha tenido en mira, para acordarnos la gloria del triunfo y la derrota de nuestros enemigos por largo tiempo, ha querido poner á su Iglesia en el Perú en una situación bastante desembarazada para reclamar enérgicamente contra la violación de su derecho, sin temor fundado de comprometer la salud de la Patria. Ahora no es prudente callar: el enemigo huyó avergonzado, dejándonos el campo expedito para levantar sobre la ignominia de su deserción un monumento de gloria á la independencia de la Iglesia de Dios.

Si el Secretario de Gobierno hubiera gozado de escasa inteligencia, siquiera para comprenderlo, se habría dado cuenta de que no era éste el momento favorable para clavar un puñal asesino en el corazón de la Iglesia; se habría dado cuenta de que sus malhadados artículos caerían sobre el pueblo peruano como una bomba incendiaria, destinada á apartar á todos los que presencian su estallido.

¡Qué! ¿No comprenderá el señor Químper, no comprenderá su estrecho círculo que ha robado al Gobierno millares de simpatías, y que ha puesto entre el solio presidencial y la católica población del Perú el muro fuerte del Santuario? ¿No comprenderá que su conducta es una traición á ese gobierno, que se dignó elevarle al encumbrado puesto de Secretario? ¿No acabará de entender que ha vuelto sus armas contra el país, que toleró, sólo por amor á la paz, su presencia en el gabinete?

¡Oh! es inútil demostrar que los artículos censurados, tan lejos de unir los ánimos, los dividen horriblemente, atrayendo sobre una cabeza irreflexiva los rayos de la indignación de todo hombre sensato y aman-

te de su país. Sí; entre Dios y el señor Quimper la elección no es dudosa. La sociedad lo ha probado ya con bastante elocuencia. Ella ha comprendido que se trataba de arrebatarse á Dios el culto público, para regalarla, en cambio, con la indiferencia religiosa, ó la tolerancia de cultos que es lo mismo.

Y ¿así se trataba de unir un país católico? ¿Era el modo de estrechar los vínculos entre los ciudadanos, y los vínculos entre el poder y los gobernados, llevar la tea de la discordia encendida de un extremo á otro de la República? No, nunca habríamos creído tan mal aconsejado al Gobierno, para dar su nombre á esta obra de demolición y de horror.

Y, si se tratara de desunir ¿podría haberse hallado un medio más eficaz? Responda la conciencia del Perú; responda la conciencia del Gobierno, á donde ha ido á repercutir el eco de la conciencia pública.

¿Y era este el modo de enaltecer la Nación? ¿Era este el remate glorioso del magnífico monumento levantado el 2 de Mayo? ¿Era éste el signo inequívoco de nuestra profunda política, y, lo que es más, de nuestra gratitud para Dios?

Pero acabemos de rasgar el ignominioso velo, con que se ha pretendido cubrir el odio antiguo contra Dios y su santa Iglesia.

¿Por qué el Fiscal general se permitió apuntar al Gobierno ciertas doctrinas acerca de la residencia episcopal? ¿Por qué tuvo tan feliz ocurrencia, cuando nadie le interrogaba sobre la materia, y cuando la trataba sólo para desbarrar en la doctrina, é invadir el dominio sagrado? ¿Por qué? porque se pretendía alejar de la capital á los señores Obispos sufragáneos, á fin de privar al pueblo de la fuerza moral que adquiere con su presencia y con su palabra. Los acontecimientos nos lo han explicado con harta claridad.

¿Por qué se nombró para la cátedra de derecho

canónico, en el Convictorio de San Carlos, al profesor que hoy la sirve? Porque ese profesor de *derecho eclesiástico* debía enseñar que la Iglesia no tiene *derechos externos*, como si hubiera algún derecho puramente interno, como si se pudiera enseñar un derecho que no es derecho. Porque ese profesor debía enseñar que Nuestro Señor Jesucristo fundó la Iglesia cuando dijo á San Pedro EDIFICARÉ, con el dañado intento de no ver en la fundación de la Iglesia los esplendores de Pentecostés, y contemplar solamente la ignominia del Viernes Santo. Y, aun cuando fuera preciso para esto degradar la inteligencia, haciéndola aceptar un *futuro EDIFICARÉ*, por un *presente EDIFICO*, que no existe en el texto sagrado, nada importaba este abismo para los fieles ejecutores del plan de guerra contra la Iglesia.

Todo, todo lo comprendemos: felizmente hemos nacido en una época en que la experiencia se atesora sin grande esfuerzo; basta tener inteligencia y prestar atención. Basta con los datos que hemos podido recoger, viendo las evoluciones de los enemigos de Dios y de su santa Iglesia.

Entre tanto, y, para concluir por hoy nuestros trabajos sobre la cuestión, recordaremos: lo que leíamos ayer, al recitar el Oficio Divino, en este breviario, que es el arma del Sacerdote, y en el que la Iglesia ha atesorado, con profunda sabiduría, las riquezas de la revelación y de la ciencia.

Saul, hijo de Cis, salió de camino para buscar unos jumentos que había perdido su padre. El no sabía que iba á encontrar á un Profeta, y que este le ungiría con el oleo destinado por el Señor á consagrar á los reyes de Israel.

Su cabeza fue coronada por el hombre de Dios, y descolló entre los varones de su pueblo.

El era fuerza, porque Dios estaba con él; sus ene-

migos caían por tierra, rindiendo homenaje á la luz divina que brillaba en su frente.

Pero hubo un día en que ese rey se atrevió á sacrificar al Señor, contra el mandato expreso del Profeta.

Hubo un día en que se arrogó el derecho de legislar en el terreno sagrado.

Y ese día, Dios firmó la sentencia de su ruina. Y ese día, Dios ordenó al Profeta que fuera á notificarle su decadencia.

El Rey lloró, instó; y el Profeta, compadecido de su situación, oró por el Rey, que había ungido su mano temblorosa.

Pero Dios fue inflexible; dijo á Samuel: ¿“Hasta cuándo lloras”?—y la tremenda sentencia quedó sin apelación.

Y David, joven pastorcillo, hijo de Isaí, fue designado por el Señor para ocupar el glorioso trono de Israel.

Ese pastorcillo, rey y profeta, escribió, guiado por la santa inspiración:

“Y ahora, Reyes, aprended; instruíos los que juzgais la tierra”.



La procesión de Santa Ana

JESÚS ha triunfado!

El conquistador del mundo ha recorrido uno de sus dominios—solo, porque los altivos guerreros y fieros potentados, que no arrojaron sus laureles y terrenales glorias para que los hollara su divina planta, yacían postrados en despreciable abatimiento—grande, porque su apacible semblante irradiaba la majestad del Anciano de los días—glorioso, porque reinaba sobre su pueblo y asentaba su trono sobre los corazones de sus hijos.

¡Gloria á Dios y á su Cristo, en los cielos, en la tierra y en los abismos!

La procesión de ayer ha sido la más solemne que ha presenciado la Capital del Perú.

Su magnificencia ha sido tan rara, su pompa tan extraordinaria, que preocupada la mente y admirado el corazón, apenas aciertan los labios á balbucir una palabra.

Nos hemos acordado involuntariamente de la entrada triunfal de Jesucristo á Jerusalén; y también ha asomado en nuestro espíritu el pensamiento sombrío de la montaña del Calvario; y nos hemos dicho: ¡no! este pueblo, que ha cantado el triunfo de Jesús á la faz de sus enemigos, ni huirá, cuando los esbirros vengan á prenderlo; ni se esconderá entre tinieblas, durante su

dolorosa pasión; ni moverá su cabeza, ni sonreirán sus labios, cuando esté suspendido en el afrentoso patíbulo.

¡No! Gracias á Dios! No será así!

Seguirán á Jesús, como Juan; refrescarán su alma acojorada, mojando con sus lágrimas la ingrata tierra que él riega con su sangre; y lo velarán al pie de la cruz, bebiendo sus agonías en cada uno de sus alientos.

Los grandes acontecimientos no pueden describirse adecuadamente; son la revelación de un poderoso sentimiento, que todo lo absorbe, que todo la subordina; que participa de los atributos de lo inmenso, de lo infinito, de lo eterno. Por eso es imposible pintarlos; el lienzo es estrecho y el cuadro de gigantescas proporciones.

Pero, en la necesidad de dar cuenta á nuestros lectores de la Capital y del exterior, de la manera cómo el pueblo ha respondido á la prohibición del Gobierno, relativa al culto de Jesús Sacramentado, vamos á esforzarnos en dibujar la ceremonia de ayer.

Eran los dos de la tarde: y una numerosa concurrencia invadía el templo, el atrio y la plazuela de Santa Ana.

La muchedumbre esperaba, llena de ansiedad, el instante feliz, en que pudiera saludar á su Rey, al REY DE TODOS LOS QUE MANDAN, al Rey inmortal de los siglos.

Ese instante llegó.

El divino Jesús, oculto entre las sombras del misterio, y sostenido por las manos de un Pontífice, se presentó al fin para derramar entre su pueblo la paz, el consuelo y la alegría.

Los sagrados bronceos enviaban á los corazones, en alas del viento, un grito de entusiasmo; las calles estaban encintadas y empavezadas las puertas de las

casas, según la riqueza ó devoción de sus moradores; los aires tronaban con el estallido de los cohetes: todo era vida, animación y fervoroso entusiasmo.

La procesión estaba ordenada de la manera siguiente:

La campanilla, que anuncia á los fieles la obligación de adorar, era agitada por un joven distinguido, que quiso tener la honra de ser el heraldo de la majestad de Dios.

Dos filas de hombres, de cien varas de extensión, alumbraban el tránsito del Dios abatido; allí se distinguían vigorosos adolescentes y trémulos ancianos, altos dignatarios y humildes ciudadanos: todas las edades y todas las condiciones acudieron presurosas á ofrecer sus homenajes al Dios Sacramentado.

El cortejo de señoras era interesante.

Las blancas y delicadas manos de pudorosas jóvenes, y las rugosas y macilentas de respetables ancianas, conducían vistosos pebeteros de plata, en que se quemaban constantemente suavísimos perfumes. ¡Benditas manos!

Un grupo de niñas, vestidas de blanco y coronadas, escondían sus manecitas en canastillos de flores, que luego derramaban con gracia inimitable, tejiendo una matizada alfombra de caprichosos colores. Era una comisión de ángeles enviada por el cielo para tributar adoraciones al humilde Jesús, y coronar de lirios al Dios de la pureza. ¡Benditos ángeles!

Los ministros del Señor—armados vigilantes del Santuario, infatigables pregoneros de la nueva ley, fieles heraldos de la divina voluntad—revestidos con el ropaje de su jerarquía, formaban el inmediato cortejo del sumo Sacerdote, del inocente Cordero. Allí estaban en su puesto: agitando el incensario santo y recitando las divinas alabanzas: todos con reverente apostura y modesta actitud. Veíanse también diferentes miembros

de las comunidades religiosas y altas dignidades del clero peruano; y entre ellas, y sobre todas ellas, figuraba el Ilmo. señor Obispo de Ayacucho, asistiendo de cerca, como primer ministro, al soberano Monarca de la creación entera. El ilustre Prelado inició la incensación sagrada, dentro de los muros del santuario, abatiendo la ungida cabeza en humilde adoración.

Inmediatamente después se presentaba el dosel de gloria que cubría la majestad del Altísimo. Las varas en que se apoyaba eran sostenidas alternativamente por clérigos inferiores, vestidos de sobrepelliz, y por jóvenes seglares, que se disputaban este honor. El Ilmo. señor Obispo de Huánuco conducía el Santísimo Sacramento, rodeado de los cinco señores Curas que sirvieron en la misa pontifical; dos de ellos eran los conductores del sagrado báculo y de la mitra preciosa. El trono ambulante, en que se asentaba la gloria del Excelso, estaba envuelto en una nube de perfumes y cargado con las flores que manos piadosas arrojaban de lo alto.

Toda era allí sombras de misterio.....recogimiento santo.....solemnidad augusta.....

En todas partes podía leerse: silencio profundo..... humilde adoración.....

Una guardia de honor protegía por detrás la marcha triunfal del Dios de los ejércitos. La música militar enviaba sus melodías, en prolongadas y vibrantes ondas. Nada más natural. En presencia del Dios fuerte que abate y exalta, según su voluntad, es justo que el soldado descubra su cabeza en señal de respeto, rinda su arma en signo de obediencia, y toque su instrumento en tono de alabanza.

Una inmensa muchedumbre seguía de lejos las huellas luminosas que dejaba, al pasar, nuestro Dios y Señor.

¡Qué espectáculo tan sublime!

¡Qué grandeza tan insólita!

¡Qué magnificencia tan pomposa!

La procesión, así ordenada, discurrió más de veinte cuadras, en el largo espacio de tres horas y media. El movimiento de la muchedumbre era lento y pausado, porque así lo exigía la estrechez del concurso. Visto de lejos, y abarcado en conjunto, hubiera parecido una inmensa sábana, que avanzaba lentamente en ondulaciones gigantescas.

De trecho en trecho, había preparado la piedad de los fieles un adornado altar, en donde se colocaba, por breves instantes, el Santísimo Sacramento. Entonces la multitud se arrodillaba, el Ilmo. señor Obispo de Ayacucho entonaba alguna estrofa de un himno sagrado, y el Ilmo. señor Obispo oficiante cantaba la oración *Deus qui nobis*, etc.

Durante el largo trascurso de la procesión, se interrumpieron muchas veces las armonías de la música, para que sonasen los cánticos sagrados que el pueblo entonaba, guiado por un coro de cantores.

¡Gloria á Dios! ¡Gloria al Santísimo Sacramento!
¡Gloria á la Religión cristiana! Tales eran las fervientes exclamaciones del pueblo, dulcemente conmovido por una escena tan grandiosa,

Todo lo que hemos dicho no es sino una débil pintura, que dista mucho de la realidad.

Y si es imposible describir lo que vimos y oímos, en esas tres horas de inolvidable recuerdo ¿cómo podremos revelar los escondidos secretos que solo alumbraba la fe, y descubre solo el ojo del alma? ¡Oh! la lengua humana no puede expresar ni el célico concierto de un millón de ángeles, reverentemente agrupados en torno del Cordero; ni la secreta confusión de los enemigos del Cristo, en presencia de sus glorias; ni la suavísima corriente de las oraciones del pueblo y de las enseñanzas de Jesús; ni las conversiones operadas por su santísima gracia; ni los pecados perdonados; ni las

gracias concedidas; ni todo aquel mundo de infinitas ternuras y de pavorosos misterios, que el alma goza y teme á la vez; porque, ora se engolfa en un piélago de luz, ora se envuelve en espesísimas tinieblas. ¡Inefables arcanos de un mundo invisible, en que obran de continuo la bondad divina y la miseria humana, la divina justicia y la humana malicia!

Al fin tocó á su término la pomposa ceremonia.

A las cinco y media de la tarde fue restituido al santo Tabernáculo el sacratísimo cuerpo del divino Jesús, entre las aclamaciones ardorosas de un pueblo apasionado.

La muchedumbre no se despidió del templo, sin escuchar una palabra de salud. El Ilmo. señor Obispo de Ayacucho recordó á los fieles el escándalo que padecieron las turbas, cuando el Señor les ordenó que comieran su cuerpo y bebieran su sangre, las dulcísimas palabras del Salvador á sus turbados discípulos, y la elocuente respuesta del Apóstol San Pedro.

Así ha concluido esta patética escena, en que Jesucristo era el heroe, y cantaban su epopeya los enemigos de su nombre y el pueblo agradecido.

Y bien ¿cuál será el resultado de un acontecimiento tan grande?

¿Comprenderá el Supremo Gobierno su alta significación?

¿Derogará los inicuos artículos del Reglamento de Policía, cediendo á las exigentes demandas del pueblo cristiano?

¿Sostendrá la impía y cruel sentencia, aunque después hayan de venir la destrucción de Jerusalén, la desolación del templo y la dispersión del pueblo?

No lo sabemos.

Entre tanto, debemos recordar que un día memorable, era llevada el arca santa, entre los trasportes de júbilo de un pueblo agradecido. Osa el impío,

profanó con sacrílega mano el arca de la alianza, y lo hirió de muerte la cólera divina.....

En ese mismo día, danzó alegremente, en presencia del Señor, su santo Profeta David, al melodioso compás de acordes instrumentos; Michol, la veleidosa hija de Saúl, se mofó del Rey; el trueno de la indignación divina estalló, y fue herido su seno de esterilidad perpetua.....

